

EUZKADI-EUROPA: LA CULTURA POLITICA DEL NACIONALISMO VASCO Y LOS REFERENTES EUROPEOS

Antonio Elorza
Universidad Complutense

XI Congreso de Estudios Vascos
«Nuevas formulaciones culturales: Euskal Herria y Europa». Donostia, 1991
ISBN: 84-87471-35-8
Donostia, Eusko Ikaskuntza, 1992. p. 215-223

«Quarto: si alguno ha hecho elección debida y ordenadamente de cosas que están debajo de elección mutable, y no llegando a carne ni a mundo, no hay para qué de nuevo haga elección, más en aquella perfeccionarse quanto pudiere» (San Ignacio, *Ejercicios espirituales*, 173).

No siempre la proximidad geográfica resulta un dato decisivo a la hora de determinar las relaciones culturales y políticas entre regiones y países. Así, del mismo modo que la coexistencia de Portugal y España como Estados en la península ibérica se ve acompañada por una profunda distancia espiritual, la vecindad de los territorios vascos con Francia no ha hecho de ellos la plataforma de europeización de España. Claro que hay excepciones significativas, como el período ilustrado, con el episodio de la Sociedad Vascongada de los Amigos del País, o signos de mimetismo, como la configuración de San Sebastián en cuanto capital veraniega al modo de Biarritz en la segunda mitad del XIX. Pero en líneas generales la débil urbanización vasca en este siglo y la ausencia de centros universitarios o culturales de importancia tiene por correlato otra debilidad, la del Sudoeste francés como foco de irradiación cultural. La comunicación hace posible momentos como el de *El liberal guipuzcoano* durante el Trienio 1920-23. Ahora bien, el balance general es pobre, de modo que el predominio de la mentalidad tradicional en *el oasis vasco* hace que el referente francés genere ante todo, con la excepción significativa de Lourdes, una propensión al rechazo, derivado de los contenidos laicos, racionalistas y democráticos de la política y el pensamiento allende el Bidasoa.

Cuando sobreviene la industrialización vizcaína, es Inglaterra la que se configura como punto de referencia exterior para la zona vasca donde se dan las principales transformaciones económicas. Precisamente son las relaciones económicas las que dan la pauta de una influencia en los hábitos sociales, comenzando por las clases dominantes de Bilbao, que convierten el paradigma anglosajón en modelo indiscutible. Para recoger el calado de esa influencia, visible desde las formas de sociabilidad al *sport*, basta evocar el episodio emblemático de la muerte del propietario minero Fernando María de Ybarra, quien en 1888 se despide de sus familiares antes de fallecer con un *God bless you!*. Incluso cuando Arana Goiri diseña la bandera de Vizcaya, la ikurriña, es cierto que los contenidos simbólicos remiten al ideario político nacionalista, vuelto enteramente hacia una versión sacralizada de la tradición del Señorío, pero la disposición formal reproduce la bandera del Reino Unido (*).

Tal vez es algo más que un ejemplo. Cabría decir que en el trazado de la ikurriña queda ya reflejado el modo en que se inserta el referente exterior en la historia del nacionalismo: a modo de envoltura formal de un núcleo ideológico vuelto a la

tradición y con pretensiones de fijeza. De hecho, Sabino remata en términos de construcción política la trayectoria política de exaltación de la autenticidad vasca frente al exterior, cuya formulación proporciona Moguel en su *Peru Abarka* al embocar la crisis del Antiguo Régimen. En las diferentes exposiciones que hace Sabino Arana en torno al significado de la bandera *bizkaina*, la posible influencia exterior se desvanece y queda solo en escena ese enlace de las dos tradiciones vascas, la religiosa y la política estrechamente unidas, como las dos cruces, con la segunda subordinada a la primera, (la cruz blanca de Jaungoikua sobre la verde de *lagi-zara*). El nacionalismo sabiniano se contempla como un ensimismamiento vasco frente al conjunto de elementos de degeneración, procedentes del exterior, principal pero no únicamente de España. Es lo que formula inequívocamente en su artículo «Extranjerización», del *Correo Vasco*, en agosto de 1899:

«Es, por lo tanto, evidente de toda evidencia, que la salvación de la sociedad vasca, su regeneración actual y su esperanza en lo porvenir, se cifran en el aislamiento más absoluto, en la abstracción de todo elemento extraño, en la exclusión racional y práctica de todo cuanto no lleve impreso con caracteres fijos e indelebles el sello de su procedencia netamente vasca, desechando inexorablemente todo lo exótico, todo lo inmoral, todo lo dañino. (OC., 1761).

Por exótico se designa en primer término todo lo español —«la civilización musulmana del pueblo de pan y toros»—, pero también cualquier elemento externo de desvasquización, cultural o religiosa. Entre otros muchos lugares, la mentalidad integrista de Sabino se revela en su artículo sobre Francia de *La Patria*, al distinguir dos Francias, la tradicional popular, pía y religiosa, y la Francia oficial, laica y opresora de los católicos, cuya expresión es un Estado «que sólo se compone de masones y judíos». La ocasión es buena para que Sabino nos explique su rechazo de la herencia ilustrada y revolucionaria: «allí donde se encendió y desarrolló el foco en que se fraguara la gran catástrofe de la conciencia europea» (OC., 2201). El carácter profundamente reaccionario del pensamiento de Sabino, identificado en este punto con la derecha francesa, se refleja en la denuncia de que «unas docenas de judíos y francmasones imponen la ley y gobiernan a su antojo impío». Como broche de oro de esta actitud figura el artículo donde celebra la muerte del símbolo del progresismo intelectual francés, Emile Zola. Este ha sido, para Sabino, el nuevo Judas que, cita literal, «se había hecho richacho con la entrega de su pluma a los judíos para combatir a Cristo» (OC., 2244).

El núcleo ideológico del nacionalismo sabiniano consiste así en un casticismo integrista. De tener un referente exterior a esa tradición política, este habría de encontrarse en la Compañía de Jesús, a la que el fundador del P.N.V. tanto respetara y cuyas formas de militancia trasladó al plano de la acción

política. A los elogios encendidos que de la Compañía hace en sus artículos habría que sumar la importancia del período de formación en Orduña, la práctica de los ejercicios espirituales e incluso su intento, recordado por J. Corcuera, de ingresar personalmente en la Compañía. El modo de la militancia jekide se encontrará desde un principio impregnado del patrón jesuítico. Lo que cuenta no es la reflexión sobre el problema nacional vasco (esta fase se aplicará más tarde, a la exigencia de dar con los medios para una extensión del nacionalismo), sino la elección realizada sobre el eje dual de la adhesión o el rechazo de la causa nacional, el Bien o el Mal. Una vez adoptada la recta vía, tampoco cabe preguntarse por las razones originales de la opción ni por la fundamentación de unas decisiones que corresponden a unas autoridades que pueden llegar a asumir la definición de lo que es blanco o es negro. En la concepción sabiniana de la militancia nacionalista tendrá un lugar principal el voto de obediencia, estableciendo el criterio de que «todo obediente verdadero debe aplicarse a sentir lo que su Superior siente» (San Ignacio, O.C., 838). Tampoco cabe excluir la raíz ignaciana en el modo de articular «la unión de voluntades» con la exigencia de una difusión de la doctrina y la impermeabilización frente al enemigo («es mucho de aborrecer, porque es todo error»). El relato de evocación de la Compañía que Sabino redacta para *Bizcaitarra* en julio de 1894 autoriza la hipótesis de que Arana veía su tarea política tomando como paradigma la vida de quien fuera cabeza de los *gudaris* de Jesús. Simbólicamente, cuando el P.N.V. organice en 1933 la semana cultural bajo el lema Euzkadi-Europa, en el cartel de anuncio figurará la cúpula de Loyola como símbolo de la participación vasca en la vida europea.

En los años de formación del nuevo partido, tras la muerte de Sabino, ese casticismo de fondo permanece, aún cuando las exigencias de las polémicas doctrinales lleven a una diversificación de fuentes que en la formulación inicial no fueron necesarias. Aun convencido de que la libertad tradicional vasca era sustancialmente distinta de la europea, el definidor de la ortodoxia nacionalista, «Kizkitza» (Engracio de Aranzadi) tendrá que acudir a pensadores europeos para reforzar esta o aquella de sus tesis. Su propia argumentación de fondo, relativa a aplazar la lucha inmediata por la independencia hasta que hubiera podido restaurarse «el alma nacional», lleva a ese uso instrumental de datos exteriores, ampliado en la segunda década del siglo, cuando el nacionalismo ha de hacerse eco. Inexorablemente, del ascenso que registran en Europa otras corrientes nacionalistas.

En ese marco se inserta la primera modernización efectiva del ideario sabiniano, tomando nota de ese marco exterior favorable a los nacionalismos y de la conveniencia de limar algunas asperezas del bizkaitarrismo en cuanto al énfasis puesto en la raza y la estrategia de confrontación radical con el Estado español. Luis de Eleizalde se encargará de esa tarea en la segunda década del siglo, dentro de un moderantismo convergente con el de «Kizkitza», en cuanto a la acción política, pero con una apertura intelectual muy superior. Eleizalde es consciente de que el nacionalismo de su juventud, portador del sueño de una guerra abierta contra el opresor español, debe transformarse en una labor paciente de recuperación de los rasgos nacionales vascos. No parte del anti-españolismo, sino del «extra-españolismo» de Euzkadi. Su toma de posición se apoya en el balance de los movimientos nacionalistas europeos, a los que en su libro *Países y razas*, de 1914, clasifica según su adhesión a una estrategia evolu-

cionista o su carácter revolucionarlo. Es claro que Eleizalde opta por la primera vía:

«Dondequiera que exista un movimiento popular de opinión, se distinguirán luego dos tendencias. Una es la de los que se proponen proceder por evolución continua, influyendo constantemente sobre las ideas, los sentimientos y las costumbres, modificando de un modo lento todos estos elementos del alma nacional, a fin de que la transformación de las instituciones, del estado social, de la política, sea una derivación necesaria de la transformación de la mentalidad y de la moralidad del pueblo. Estas son las verdaderas y profundas revoluciones que se operan en los pueblos pero tan lentas, tan imperceptibles en sus detalles, que les conviene mejor el nombre de «evolución» que el de «revolución»».

En ese avance evolutivo de la política nacionalista se sitúa la exigencia de una salida al exterior, conociendo la experiencia de otros nacionalismos y enlazando las reivindicaciones vascas con las de aquellos. Tal es el sentido de la participación en el Congreso de las nacionalidades reunido en Lausana de una delegación nacionalista encabezada por el propio Eleizalde, acompañado de Isaac Lopez Mendizabal y de Jose Eizaguirre.

Con el transcurso de la guerra mundial, esa proyección internacionalista se refleja en el pensamiento de Eleizalde, quien redactará un prólogo para la segunda edición de *Países y razas* —reproducido por entregas en la revista *Hermes*, a partir de su núm. 45—, donde toma como punto de apoyo el principio de las nacionalidades, recogiendo la formulación contenida en el libro del mismo nombre de Henri Hauser. Por el ello el eje nacionalista se desplaza hacia la lengua, entendida como elemento definitorio de «un mecanismo mental particular». Sobre el ejemplo noruego. Eleizalde antepone al principio racial sabiniano el idioma, por encima de cualquier referente político:

«Ello prueba —y no lo olvidemos nunca, vascos— que la lengua propia es más signo de nacionalidad que la misma independencia, más que la posesión de Estado propio».

La raza no es negada, ya que Eleizalde sigue sosteniendo la especificidad de una raza vasca, distinta de la española. La raza es el soporte físico de la nación, pero ésta existe en el caso vasco gracias a «mantener vivo su propio idioma». En Sabino el euskera constituía ante todo bastión defensivo frente a la extranjerización, cuyo núcleo era la contaminación de la pureza racial. En Eleizalde, la raza sobrevive como sujeto histórico gracias al hecho decisivo de la pervivencia del idioma. El Estado, del que carecieron históricamente los vascos, aquejados de fragmentación política desde el siglo XI, es marco de la nacionalidad, y por eso la conciencia nacional exige la formación de un Estado vasco independiente. De este modo, la salida hacia el exterior, mediante el análisis comparativo en torno al principio de las nacionalidades, desemboca en un repliegue donde nuevamente encontramos la formulación sabiniana:

«Pero nosotros insistimos en declarar que la esencia fuerista consiste en que Alava, bizkaya, Nabara y Gipuzkoa se legislen libremente a sí mismas, sin ingerencia de ningún poder extraño, y que, de consiguiente, dentro de esa misma esencia está que esos cuatro. Estados libres puedan legislar conjuntamente para la gran unidad supra-regional —nacional— que es Euzkadi. De esa manera, la realidad euzkadiana, ahora solamente «nacional», pasará a ser «política»; y así, cerrando y dando por finiquitadas las soberanas particulares de los cuatro Estados Vascos, abramos las páginas de un libro en blanco que espera ser llenado con nuevas y más completas leyes la Constitución Nacional Vasca, *Euzko Legea*».

No es de extrañar que, a pesar de su preferencia por las tácticas evolucionistas, Eleizalde fuera más popular que «Kizkitza» entre los jóvenes nacionalistas. Su insistencia en la difu-

sión del idioma y el engarce de la independencia vasca con un ámbito internacional proporcionaban un ensanchamiento de la perspectiva nacionalista. Sin embargo, en el quinquenio 1916-1921 Eleizalde será el dique principal frente a las exigencias juveniles de una acción más determinada en favor de la independencia. La fractura surge en 1915-16, cuando el nacionalismo irlandés salta a primera plana por su oposición violenta a Inglaterra, en plena guerra mundial, con momentos de suma tensión, tales como la ejecución de Roger Casement, el patriota detenido con armas y ajusticiado por los ingleses, o la Pascua Sangrienta de abril de 1916, en Dublín. Mientras Eleizalde y la dirección nacionalista tomaban posición, con el concurso de su aliadofilia, por las actitudes moderadas del partido nacionalista irlandés de Redmond, los jóvenes veían en los insurrectos un espejo de comportamiento donde al tiempo se veían reflejadas la impotencia y la traición de las políticas regionalistas de contemporización con el opresor. Irlanda hacía así recordar a un Sabino Arana, cuyo radicalismo era progresivamente olvidado por los dirigentes del nacionalismo vasco, cada vez más encajados en la tradición «euskalerríaca» del naviero Ramón de la Sota. Cuando tenga lugar la visita a Bilbao del catalanista Frances Cambó, con su mensaje de unión de las burguesías progresivas de Cataluña y Euzkadi frente al proyecto de ley de impuesto sobre los beneficios extraordinarios, saltará la chispa y unos jóvenes le cantan «Els Segadors». Entre ellos está el que será el líder del nacionalismo independentista. Elías Gallastegui, pronto conocido por su pseudónimo de «Gudari» y principal animador del movimiento de restauración sabiniana del que emerge en 1920-21 la escisión del Partido Nacionalismo Vasco (frente a los moderados que a fines de 1916 adoptaran el nombre de Comunión Nacionalista).

Nace así un nacionalismo «A la luz de Irlanda», según el título del editorial que el propio Gallastegui escribe para *Aberri*, el 13 de julio de 1923: «Irlanda nos sugiere siempre con su acierto y profunda visión de los problemas nacionalistas. Y en ella vamos a mirarnos». En realidad, lo que «Gudari» descubre en el nacionalismo radical irlandés es la puesta en práctica eficazmente de una premisa fijada por Sabino para el buen éxito de su proyecto político: la nacionalización generalizada de las instituciones, «de todos nuestros movimientos de vida». En este sentido, los irlandeses serán una escuela de movilización sectorial para los aberrianos, y, especialmente, proporcionarán el modelo de incorporación de la mujer a la lucha nacional. El Cumann nan Ban irlandés será el ejemplo sobre el cual surge en 1922 la organización femenina nacionalista, el Emakume Abertzale Batza.

De una lado, la propensión acomodaticia del catalanismo en la versión de Cambó, «aquel Cambó catalán de recuerdos desdichados», dirá; de otro, el heroísmo de los «sinn feiners» y las enseñanzas prácticas de como canalizar eficazmente el nacionalismo hacia la sociedad civil. Todo ello en torno al eje sabiniano, no resulta modificado. Bien al contrario. «Euzkadi —resume—, la nación vasca, es la patria de los vascos. He aquí la gran verdad que nadie será capaz de arrancar de nuestro corazón, ni de empañar su transparencia». El sentimiento nacionalista actúa como motor para emprender una acción de lucha decidida por la independencia, lo que lleva a los *aberrianos* a una denuncia de la degradación autonomista de la Comunión, mientras que el acento populista desemboca en la denuncia del comportamiento españolista de la gran burguesía vasca. De este modo, el apunte anticapitalista de Sabino se ve profundizado, y sin correcciones en la dirección, ya que no hay oposición al capitalismo en cuanto tal, sino al

que traicionando a la nación, se convierte en elemento de desnacionalización. De nuevo Irlanda marca la pauta.

Lo que ocurre es que por esta vía el marco europeo resulta desbordado, ya que las naciones que logran su independencia a partir de noviembre de 1918 llegan a esa meta por efecto de la guerra y no por la acción insurreccional. Donde sí cabe reforzar esta vía es en el marco colonial y las campañas españolas en Marruecos constituyen la premisa para ese salto aberriano hacia el exterior. El patrón irlandés permitía ya enlazar la opresión nacional con la de clase (de ahí las aproximaciones esporádicas de los aberrianos al recién constituido comunismo, por añadidura enfrentado al enemigo tradicional de los sabinianos, el socialismo vizcaíno). De ahí surge también la asociación de clases y pueblos oprimidos, en cuyo marco cabe el apoyo a la lucha antiespañola de Abd-el Krim en el Rif. El nacionalismo vasco se asocia así a un espacio extraeuropeo, abriendo una vía que ha de ser transitada con frecuencia en los últimos treinta años. El rechazo ante la incorporación de los jóvenes vascos al ejército de África constituye el soporte sociológico de esa ampliación de la perspectiva exterior. El mismo reproche de «imperialismo» que «Gudari» dirige contra Inglaterra por la opresión ejercida sobre Irlanda, recae sobre España por su intento de dominación de Marruecos:

«Abd-el Krim afirma con sus soldados indomables y con los cañones conquistados, la República del Riff. La monarquía española, con sus ministros responsables sin responsabilidad, se tambalea, debilitada, carcomida...

¡Contraste singular!

La tierra "incivil" del Africa, gloriosa y triunfal.

España, la culta y predestinada para la civilización, humillada y abatida.

¡Alegrémonos los "inciviles" euzkadianos! »

(*Por la libertad vasca*, p. 208)

Decididamente, el espacio en que se mueve el pensamiento de «Gudari» desborda los límites del continente, aún cuando sigue fiel a la enseñanza de fondo sabiniana, incluso en temas como la condena del baile «agarrao». La perspectiva mundial le sirve, de un lado, para sumar otras luchas con aspectos ejemplares, de la rifeña a la de Mahatma Gandhi en la India, de otro para confirmar su profesión de fe en el nacionalismo como única solución justa a las convulsiones sociales que el mundo vive al iniciar la tercera década del siglo:

«Será un fuerte movimiento dominador, *imperialista*, el que abata las demás insignias de guerra e imponga de momento, con las armas, una paz de esclavos; será, acaso, una oleada incontenible de las muchedumbres *trabajadoras* que se organizan desesperadas para acabar con los cimientos que hoy sostienen a la moderna sociedad *capitalista*. O quien sabe si el porvenir de la humanidad pueda basarse en el espíritu de constitución de los pueblos, informados por la idea luminosa de paz y respeto mutuo del *Nacionalismo*, que es exaltación bienhechora de la libertad y de la justicia».

(recogido en *Por la libertad vasca*, Bilbao, 1933, pp. 320-321).

No obstante, ni el intento de modernización moderada de Eleizalde ni la renovación del sabinianismo de «Gudari» impiden que hasta la guerra civil siga predominando en el pensamiento nacionalista una tendencia al repliegue hacia los valores y los aspectos internos de la vida del país. El mejor ejemplo de la supervivencia de esta mentalidad casticista viene dado por la obra del ya mencionado «Kizkitza» que en 1920 publica *La nación vasca* y en 1932 *La casa solar vasca*, siempre girando en torno al eje de la exaltación de las virtudes de la raza y la condena de los factores exógenos que podrían dar lugar a su degeneración. «El alma de la nacionalidad es la raza», recalca «Kizkitza». Sus fuentes se sitúan en el tradicionalismo —E. Gil Robles, De Maistre— o en historiadores

y cronistas de quienes extrae los datos para refrendar las posiciones nacionalistas sobre la era foral vasca. Hay en la conclusión de *La nación vasca* una referencia genérica al movimiento general de afirmación de las naciones en Europa, pero sin más precisiones. En el segundo libro citado, se trata de exaltar, a través de la descripción de los caseríos, a «las familias vascas de las alturas, apartadas de roces extraños» (p. 34). La exaltación gana a la organización política vasca del Antiguo Régimen, anterior y superior a la inglesa en cuanto forma de la democracia:

«No es Inglaterra la cuna de la libertad política europea. Antes de la revolución de 1688 y de la Cámara estrellada y de la misma Carta Magna, gozaban los vascos, regidos por su democracia, de una libertad política perfecta (sic). Libertad tan firme y arraigada en la tierra como los hogares multimilenarios de la raza de cuya alianza nación» (E. de Aranzadi, *La casa solar vasca*, Zarauz, 1932, p.192).

El examen de la libertad inferior, la inglesa, se cierra en 1824 y acaba con un veredicto negativo, por la persecución de la religión católica. En cambio las libertades vascas son, a juicio de Kizkitza, ejemplares. Luego no hay que salir al exterior para encontrar los fundamentos de una democracia descubierta en el núcleo familiar por los vascos.

La concepción casticista prevalece asimismo en otra obra política de los años 30, *La democracia en Euzkadi*, escrita por el sacerdote José de Ariztimuño (bajo el pseudónimo «J. de Urkina»), algo sorprendente en su paseísmo por la agilidad mostrada en otros campos por el autor a la hora de buscar apoyos europeos a sus proyectos (así, la organización sindical agraria basada en el Boerenbond belga). En el orden político, la única modificación que representa respecto del tradicionalismo de Aranzadi consiste en la aproximación al corporativismo propio del catolicismo político de los años 30:

«La democracia, como sabemos, puede ser o individualista, concretando la facultad de elección en cada individuo, u orgánica e institucionalista, reconociendo ese derecho electoral a la familia, al gremio, a la corporación, al municipio, etc, según los diversos grados del sufragio.

Es sabido que, en el país vasco, la democracia no era individualista, sino institucionalista, radicando la facultad de elección en la familia, principalmente, y en el municipio» (*La democracia en Euzkadi*, Donostia, 1935, p.73).

Las citas se han modernizado algo, con Kelsen y Hauriou al lado de los estudios sectoriales de Leizaola y Thalamas, pero el fondo es más firme que nunca. El futuro político vasco se encierra en la reconstrucción del propio pasado. «Eriak beren legea / etxeak beren astura», es el proverbio de Oienart que sirve a Ariztimuño de divisa para su propuesta. Si la decadencia de la vida vasca tuvo lugar con la pérdida de las instituciones propias de su raza, es sólo volviendo a estas como tendrá lugar la recuperación. En realidad, se trata con ello de dar contenido a un proyecto político de signo conservador, con la familia como sujeto del voto, en lugar del sufragio universal y con las corporaciones obligatorias reemplazando a los sindicatos de clase e integrándose en la organización política. Eso sí, en un cuadro nacional, rematado por una asamblea legislativa vasca. El corporativismo afecta a la constitución, no al sentido general de la propuesta de soberanía. La «democracia vasca del porvenir», se asienta de este modo en lo que fue «la tradicional de nuestros abuelos». No hay referencias externas.

En realidad, más que en un diseño político de carácter general, es en el nuevo activismo político que caracteriza al nacionalismo durante los años 30 donde se inscribe su relación con otras minorías nacionales europeas, plataforma de la celebración de los actos Euzkadi-Europa en abril de 1933,

precisamente en el Domingo de Resurrección que amparará un año atrás al primer Aberri-Eguna. La organización corrió a cargo del Gipuzku-Buru-Batzar y tomó en ella parte muy activa el que fuera su presidente, Teodoro de Hermandorena, junto al que lo era en ejercicio. Telesforo Monzón.

El marco institucional en que se inscribían los actos no dejaba de encerrar puntos oscuros. Se trataba de una sucesión de Congresos cuya iniciativa había correspondido a cierto Evvald Ammende, ciudadano estonio de origen alemán que en 1925 había escrito una memoria titulada «Principios, directivas y programa para una conferencia de los grupos nacionales en los Estados europeos». Escrita en 1925, el primer Congreso se celebró en Ginebra, en octubre del mismo año —datos tomados del artículo de Jose de Ariztimuño, «De las minorías nacionales. Congreso de Viena», en *El Día*, 23-VII-1932—, reuniéndose el último en Viena. Los primeros en acudir a los congresos de las minorías fueron los catalanistas, haciéndolo los nacionalistas vascos a partir de 1930, fecha en que acude a Ginebra representándolos Pantaleón R. de Olano, el director de *Euzkadi*. Las actividades de Ammende habían resultado sospechosas de constituir una plataforma del irredentismo germano, dado su carácter de estonio y por el interés mostrado en temas como el sudtiroles y el esloveno frente a la política italiana, los sudetes en Checoslovaquia, etc.

Al margen de las intenciones y de los objetivos, la celebración de Euskadi-Europa se centrará en el leitmotiv de la legitimidad de las aspiraciones vascas en el cuadro de las reivindicaciones de las minorías nacionales en Europa. Lo define Manuel de Irujo a la sombra de un dibujo de «Txiki» en que la resurrección de Cristo se muestra en paralelo a las banderas de las minorías, presididas por la vasca y la catalana:

«El pueblo vasco no fue jamás exclusivo. Unió con fortuna que ningún otro pueblo ha sabido superar, la vida propia, peculiar y genuina de su raza ceñida a nuestras montañas, con la expansión de la cultura, del progreso y de la civilidad; el nacionalismo de nuestro yo con el internacionalismo del concierto humano» (*El Día*, 16-IV-1933).

La contribución vasca al mundo se habría iniciado nada menos que con los gladiadores en los coliseos romanos y, pasando por el inevitable momento cenital de San Ignacio de Loyola («al fundar la institución más universal de la tierra») desembocaría en el himno de Iparragirre. La internacionalización del problema vasco es vista así como instrumento para integrarlo en un cuadro de reivindicaciones nacionales y para hacer participar a los vascos de la emoción derivada de las mismas. La protección de los derechos de las minorías nacionales se convierte en un primer paso para la consecución de la soberanía, dentro de un proceso cuyo contenido no se describe, salvo como deriva lógica del reconocimiento inicial:

«Hoy el régimen de protección a las minorías raciales, lingüísticas o religiosas esta en vigor para Polonia, Estonia, Letonia, Lituania, Checoslovaquia, Austria, Hungría, Rumanía, Yugoslavia, Bulgaria, Grecia, Turquía, Alta Silesia e Islas Asland. Más el día en que tal régimen, que proclama el derecho de las minorías de esos pueblos a su independencia espiritual, se extienda como derecho de gentes universal y como tal lo proclamen los órganos del derecho internacional, nuestra personalidad libre y soberana pasará a ser postulado de la propia Constitución de la República» («Euzkadi-Europa», *El Día*, 16-IV-1933).

Irujo estaba obsesionado con la necesidad de proporcionar un rango internacional a la acción del nacionalismo vasco, y para ello contempla tanto la vía de los actos de dimensión europea como la formación de la triple alianza con galleguistas y catalanistas, Galeuzca («Euzkadi, Galeuzca y Europa», *El Día*, 10-IX-1933). Es un signo de que a la nueva generación de dirigentes nacionalistas no les satisface la imagen del ais-

lamiento sabiniano («son unos señores muy simpáticos —dice de los propios nacionalistas diseñando la imagen que de ellos se tiene en Europa— que hacen grandes manifestaciones recreativas, culturales y de organización política, con un Cristo por delante, los ojos puestos en Roma y en la libertad de Euzkadi, cantando un himno triste y solemne, y gritando a pleno pulmón»). Irujo pretende situar el nacionalismo dentro de una perspectiva internacionalista y a este efecto distingue entre la consideración actualizada —«jurídica, estatal y de racionalización del poder» en el nacionalismo, encarnada por José Antonio Aguirre, y la arcaizante, «racista pura» de «Kizkitza». Ahora bien, son dos perspectivas formales en torno a un sólo centro ideológico, el definido por Sabino, y una sola aspiración, «libertad plena y absoluta» para Euzkadi. El internacionalismo concierne a los procedimientos jurídicos y a la posibilidad de reconocimiento. Las palabras finales de la conferencia de Irujo en la semana («Euzkadi-Europa», titulada justamente «Nacionalismo e Internacionalismo» no ofrecen lugar a equívocos. Irujo plantea un juramento.

« ante los pueblos de Europa, a los cuales nos hemos acercado y que atentos nos observan, consagrar nuestras actividades políticas llegando, si es preciso, a ofrecer nuestra existencia en holocausto de la patria soberana y libre» (*El Día*, 22-IV-1933).

Las conferencias centrales de carácter político (a cargo de José Antonio Aguirre) y económico (Francisco de Horn) responden a ese mismo objetivo: analizar los fundamentos y las posibilidades de una vida política vasca independiente. Europa es en todo caso la caja de resonancia. Al examinar «el problema económico de Euzkadi», lo que hace Horn es pasar revista a los recursos de Euzkadi para comprobar la viabilidad de la independencia, no sin hacer una referencia negativa a los trabajadores no nacidos en el país, «doscientos cincuenta mil elementos extraños que consumen vino, pan, carne, huevos, aceite, pescado, etc.» (*El Día*, 21-IV-1933). La conferencia de clausura de José Antonio Aguirre resulta aún más clara: no hace falta ninguna base histórica para la independencia vasca, ya que ésta se fundamenta en la voluntad de alcanzarla. El desarrollo histórico que a pesar de todo es el núcleo de la disertación tiende a probar el permanente derecho vasco a esa independencia que, en seguimiento estricto de Sabino, desemboca en un tajante desenlace: « España para los españoles y Euzkadi para los vascos » (*El Día*, 23-IV-1933). En su presentación de la conferencia de Horn, el presidente del G.B.B. Telesforo Monzón, tras denunciar a la «sectaria» República española, había resumido la orientación general de las intervenciones, en cuanto a confiar exclusivamente en las fuerzas vascas para conseguir el objetivo político, dejando de lado todo recurso exterior.

«Esto quisimos dejar bien consignado con la celebración del día Euzkadi-Europa, proclamando ante el mundo entero que Euzkadi es capaz de lograr su legítimo derecho a la libertad y a la independencia por su propio esfuerzo, por su propio sacrificio si ello es preciso» (*El Día*, 21-IV-1933).

Con la guerra civil y el exilio posterior, esa internacionalización del problema vasco se hará cada vez más intensa, pero siempre dentro de los cauces ya trazados: los derechos de los vascos responden a una lógica propia y si adquieren un valor universal es por el carácter de la opresión que practican los militares españoles, primero sublevados, luego triunfantes.

Prácticamente se perfila entonces un cuadro ideológico del que no ha de apartarse el nacionalismo conservador hasta nuestros días. Si tomamos la más reciente expresión de esa ideología, los discursos en el mitin de Salburúa del Alderdi-Eguna, las distintas piezas de la ideología encajan una tras otra. En primer plano, la vieja idea «kizkitziana» de que el ob-

jetivo independentista persiste, pero que resulta inviable a corto plazo por ser necesaria una mayor conciencia nacional entre los vascos (discurso del líder de EGI, Xabier Iraola, que añade como nueva cláusula-obstáculo la unificación con Navarra). Como consecuencia, discurso de Ardanza, fijación de la autonomía en cuanto ámbito político desde el cual se da la acción política del PNV aquí y ahora. En tercer lugar, la designación de Europa como marco en el que pueda hacerse realidad la aspiración política vasca, la plena soberanía. El lema de la reunión era «ganar Europa» («Europa irabazi») y el clima favorable venía dado por las quiebras de las grandes federaciones en la Europa excomunista. Pero más allá de la intensidad retórica del discurso, en Ardanza o Arzalluz, lo que cuenta es el papel de cobertura superficial, de agente de legitimación estrictamente ideológico, que a pesar de todo sigue revistiendo esa dimensión europea. La construcción de Europa legítima, no la integración supraestatal, sino la aparición de nuevos sujetos mal determinados en su conjunto, «las naciones libres de una Europa solidariamente unida». las que al parecer reharán a su dimensión la estructura estatal mientras caen las fronteras. El europeísmo es así la dimensión utópica, indeterminada y aun contradictoria en su definición política, que legitima la aspiración nacionalista. Y ésta, en las palabras de Arzalluz, remite al fondo, esta vez sí definido, de la concepción sabiniana según la cual la nación vasca se vio privada de su libertad, el Estado español es una superestructura opresora (encarnada en este caso por el artículo VIII de la Constitución, pero visto desde la dimensión del enlace entre ejército español y unidad) y la presencia de la nación vasca en España constituye un hecho «provisional», en espera de la soñada soberanía, núcleo del planteamiento ideológico. Eje del discurso, el «moguelismo» nacionalista queda reflejado en la anécdota donde el pescador de Guetaria, cual nuevo *Peru Abarka*, responde al ministro franquista que intentará probarle su españolidad: «Si, españoles sí, pero yo, provisional» (*Deia*, 30-IX-1991).

No hay desarrollo alguno respecto de la síntesis que en 1956 consiguiera Francisco Javier Landabauru al redactar *La causa del pueblo vasco*. La construcción giraba ya en torno al eje de la existencia innegable de una nación vasca cuya libertad política fue suprimida en el siglo XIX, por vez primera, y luego por las armas de Franco. Landaburu enlazaba con el posibilismo de la Segunda República y admitir, consecuentemente, la perspectiva de una aceptación por parte vasca a ingresar en una España democrática y confederal, sobre la base de una estimación relativa a la pérdida de importancia de los Estados y al fin de la identidad Estado-nación: «El Estado que se cree en España ha de ser ampliamente democrático en cuanto a los derechos de las personas y de las colectividades naturales, si pretende ser domicilio que permita la convivencia mutua. Pero además de ser democrático, ha de ser confederal» (pág. 36).

La dimensión esencial que adquirió el nacionalismo vasco, en los términos del folleto de Landaburu, era la del europeísmo. Sin duda los años de exilio personal sufridos por la emigración nacionalista vinieron a reforzar este aspecto, haciendo de él algo más que la reunión de minorías oprimidas de 1933. La profesión de fe es inequívoca, y sobre ella se basa la articulación de ideales democráticos y de objetivos nacionalistas:

«Europa se va haciendo necesaria, lo quieran o no lo quieran sus adversarios (...) La vida actual reclama una profunda reforma de las estructuras políticas, económicas y sociales. Esa necesaria reforma no puede acometerla aisladamente ninguno de

los Estados conocidos. Solo la federación de los pueblos será capaz de emprenderla y de llevarla a cabo de manera viable» (pág. 41).

En ese contexto se inerta la dimensión internacionalista del vasco: «Euzkadi, resume, es un país europeísta». La única limitación procede de que esa nueva Europa que se dibuja en el futuro es una Europa de Estados. La cuestión reside, pues, en hallar el modo de que los pueblos intervengan como protagonistas en el nuevo sistema político. Y la respuesta no es muy concreta:

«Los representantes estatales en la Europa que se proyecta han de ser elegidos democráticamente y eso nos da a los pueblos peninsulares la posibilidad de nombrarlos y de enviarlos dentro o fuera de la representación del Estado, según este concuerde o no con las aspiraciones de esos pueblos» (pág. 42).

No hay, ni entonces ni ahora, perfiles concretos para la nueva articulación que desplazaría al sujeto estatal de la construcción europea. Solo una perspectiva, que en Landáburu era también cláusula de cautela contra la propensión centralista de cualquier Estado español y en las manifestaciones de ayer, eco más definido de la actitud de Gran Rechazo que desde su formulación inicial sigue presentándose como única versión legítima del ideario nacionalista.

No obstante, el europeísmo del P.N.V. en el exilio tropezaba en la práctica con una realidad nada favorable para su puesta en práctica. La dictadura del general Franco bloqueaba tanto las aspiraciones políticas del nacionalismo vasco como las posibilidades de integración española en Europa: la propuesta de Landáburu tardaría un cuarto de siglo en ser viable. Por otra parte, el resultado de la II Guerra Mundial se había traducido en una coagulación de las fronteras, por efecto de la configuración de los dos bloques. Europa dejaba de ser un marco para las reivindicaciones nacionalistas y éstas trasladaban su dinamismo a otros continentes, con el fin de la dominación colonial y los movimientos de liberación nacional, antiimperialistas. Además, el potencial que aun conservaba el nacionalismo dentro de la sociedad vasca no se traducían en una oposición visible, esperando tiempos mejores y dando así lugar al surgimiento de minorías juveniles e intelectuales cada vez más disconformes con esa pasividad.

En este contexto, surge E.T.A. y también en ese contexto surge la elaboración teórica que, apoyándose en el principio de las etnias, como antes Eleizalde lo hiciera en el de las nacionalidades, racionaliza ese viraje, con el tradicionalismo sabiniano en conexión con las formas revolucionarias de lucha nacional, la crítica del nacionalismo originario y la exaltación de sus postulados bajo la cobertura de un lenguaje económico de apariencia moderna. Tal será el mérito de Federico Krutvig («Francisco Sarrailh de Ihartza») que a fines de 1962 redacta *Vasconia*.

En apariencia, según ocurrirá en lo sucesivo con los planteamientos del nacionalismo radical, estamos ante una amalgama sin demasiado sentido. Una sucesión de mapas muestra al lector una Vasconia descomunal, desde las afueras de Zaragoza a Burdeos, convertido en Burdigala. El aparente estudio económico viene a justificar la razón de que todas esas zonas vascas irredentas necesiten la formación de esa unidad política frente a la ruina que crean España y Francia. Puestos a hacer ejercicios de imaginación, un nuevo mapa de Estados Unidos de Europa despedaza los Estados existentes, haciendo surgir Retia, Lorena o Franconia. En la base, la concepción de una Europa de las etnias, enlazando con la iniciativa de Guy Heraud.

Pero el de *Vasconia* era un delirio operativo. Su crítica de la inoperancia peneuvista se unía a la convicción de que el Mercado Común no podía ser el ámbito para satisfacer las aspiraciones nacionalistas. También había que repintar el ideario de Sabino: el vaticanismo, el racismo o el aldeanismo aranistas no encajan en el cuadro de las ideologías de la segunda mitad del siglo XX. Pero eso no impide que Krutvig asuma sin reservas el gran principio sabiniano: la enemistad natural entre Euskaria y España. «La teoría aranista —resume— encierra errores, tales como su fanatismo religioso o su odio al individuo español, pero tiende el gran acierto de señalar clara e inequívocamente como enemigo de Euskaria a España» (p. 254). Era una coincidencia fundamental, sobre la cual Krutvig introduce el matiz de que existe otra *ocupación* desnacionalizadora, comparable a la española, la del Estado francés «La Historia Vasca —resume, refiriéndose al período posterior a la primera carlista— es, desde entonces, una oposición al principio de la Justicia libertaria del pueblo vasco frente al feudalismo representado por España y la explotación burguesa representada por Francia» (p. 232). La superación del racismo no tiene entonces demasiada importancia, porque el principio étnico acaba desempeñando un papel comparable en cuanto a la diferenciación radical Euskaria versus España y Euskaria versus Francia. Existe un componente natural de las naciones que hace que éstas solo se desarrollen adecuadamente cuando no se encuentran sometidas a un poder exterior. La economía viene regida por la mentalidad y desde este punto de vista la situación vasca resulta inequívoca:

«En el momento en que se escriben estas líneas, Vasconia está sojuzgada por dos Estados extranjeros, que la ocupan militarmente detentando todos los puestos y órganos directivos de la vida nacional.

La opresión es el común fin que siguen estos Estados detentadores de la soberanía de Vasconia» (p. 296)

De ahí se da el salto a definir esa opresión como colonial, caracterización que tendrá cierta pervivencia y alimentará polémicas en los medios nacionalistas de los años sesenta. En realidad, el salto resulta necesario, porque en su ausencia no pueden justificarse las vías extraeuropeas que Krutvig propone para la lucha por la independencia vasca. Si la nación vasca sufre una opresión colonial, le serán aplicables las formas de lucha propias de los países coloniales. Derrotados en 1936-37, los vascos habrán de vencer al ejército estatal mediante la acción de las unidades guerrilleras propias de la guerra revolucionaria, Mao Tse Tung y Ho Chi Min son los primeros ejemplos. Europa queda fuera del cuadro de referencia.

La función crea así el órgano. La exigencia de escapar a una referencia europea, de la que no cabría deducir la legitimidad de una dinámica de lucha armada, llevará al nacionalismo radical a inspirarse en movimientos surgidos en circunstancias muy diferentes. Marx llega también por los aires para reforzar el contenido de liberación social que anuncia este nuevo nacionalismo, o este sabinianismo remozado, como se quiera. Además, Krutvig asume sin reservas la tradición aberriana de crítica al capitalismo vasco españolista. Las piezas dispersas acaban encajando, en cuanto al diseño de una estrategia. La lucha contra la ocupación extranjera no puede confiar en Europa, sino en las formas de lucha propias del mundo colonial. La liberación nacional será también social. Y el núcleo ideológico, el rechazo de la ocupación extranjera —española y francesa— permanece intacto.

Como es sabido, la relación entre E.T.A. y su consiliario doctrinal autodesignado experimentaron diversos avatares

Pero la amalgama de *Vasconia* estaba destinada a durar, del mismo modo que el «recurso Kizkitza» como forma de fidelidad a los principios en la ideología del PNV. No es nuestra pretensión aquí y ahora reconstruir la trayectoria del nacionalismo radical en estos últimos treinta años, pero así como el mitin del Alderdi-Eguna reproduce el esquema de la semana Euzkadi-Europa de 1933, cualquier lectura atenta del diario *Egin* demuestra que las piezas del *puzzle* de *Vasconia* siguen ahí. Como núcleo ideológico, la confrontación abierta con España, (y Francia) el país ocupante contra el que se alza la lucha armada en nombre del pueblo vasco. El programa se ha hecho realidad. Las referencias externas de legitimación, el

tercermundismo y las distintas fórmulas de apego a la liberación social, actúan a modo de complementos, reforzando la vocación de ruptura política frente al orden vigente en la ideología. Y tampoco el fondo tradicional ha desaparecido. Ese vasco ideal que lucha por su nación, y vive la dualidad esencial Euzkadi-Estado, proyecta su modo de ser en las fiestas y sigue atento los deportes, tanto los propios como los importados. Es un recuperado buen salvaje cuyas virtudes naturales, expresadas sobre todo en la confrontación antiespañola, encuentran sus ámbitos de expresión privilegiados —igual que sucediera con los vizcaínos originarios de Arana— en la sencilla diversión y en la muerte.

(*) La persistencia de esta orientación anglófila se confirma con un episodio de la guerra civil, cuando Francisco Basterrechea y Rafael Pica-vea, actuando como portavoces oficiosos del nacionalismo, se dirigen en agosto de 1936 a la embajada de Su Majestad en París para sondear la posibilidad de obtener la protección británica a un gobierno vasco que rompiera la alianza con el Frente Popular. Para Justificar lo cual, explicaron al representante diplomático la identidad diferencial de los vascos: «The Basque race was a race apart, it was much cleverer than the rest of inhabitants of Spain. The Basques were great admirers of England, and were very like the English» (Public Record Office, Kew Gardens, FO 371-20535)